

EL JARDÍN PÚBLICO DE MADRID LLAMADO "EL PARAÍSO", EN NOCHE DE BAILE

AUTOR: Rafael Botella y Coloma (1837-1891)

TÉCNICA: Óleo sobre lienzo

FECHA: 1862 (firmado en el ángulo inferior derecho)

DIMENSIONES: 78 x 112 cm

PROCEDENCIA: donado por Georges Creach al Museo Municipal en 1927.

IN. 2682





El autor: Rafael Botella y Coloma

Nació en Madrid el 24 de octubre de 1837 y fue alumno destacado de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid donde ejercería, posteriormente, como profesor. Director interino de la Escuela de Bellas Artes de Cádiz, llegaría a ocupar la dirección de la Escuela de Artes y Oficios de esta misma ciudad, cargo que conservaría hasta su muerte. Participó en las Exposiciones Nacionales de 1860, 1862 y 1864. En la Exposición de Cádiz de 1870 obtuvo una mención honorífica por su pintura *Júpiter transformado en cisne, enamorando a Leda*. Falleció en Cádiz el 14 de febrero de 1892.

Descripción de la obra

Representa una escena nocturna al aire libre en la que varias personas pasean, charlan y bailan en un jardín. Arcos y banderolas adornan el parque, iluminado por la luz de los farolillos. En el centro de la composición, al fondo, un gran árbol da cobijo al quiosco donde toca la orquesta. Destaca el tratamiento de la luz intensa de la luna que apenas se adivina en el único espacio de luz en un cielo roto de grandes nubes negras. Figura 1 (detalle).



Figura 1. Cielo nocturno (detalle)

Es precisamente el tratamiento de la luz lo que hace de esta obra una pieza de gran calidad técnica, contrastando la paleta alegre y luminosa de la parte inferior, en la que se desarrolla la velada, con el efecto más romántico y misterioso del cielo lunar. Son evidentes los contactos con la pintura italiana y francesa contemporáneas, recordando la obra de los macchiaioli -a base de pequeños toques de pincel (Figura 2)- y de las primeras obras de Manet en el acentuado uso de color negro.

Aunque poco conocido, el artista demuestra en este cuadro que poseía un extraordinario dominio de la luz y el color para crear ambientes al aire libre.



Figura 2. Manchas de color en farolillos (detalle)

El lugar: ¿Dónde estuvo “El Paraíso”?

El título del cuadro que aparece en el catálogo de la exposición “Madrid pintado” (1992), nos lleva a identificarlo como “el **jardín público** de Madrid, llamado “El Paraíso”. Sin embargo, en el catálogo de la “Exposición Antiguo Madrid” de 1926, se identifica como “Un baile en los Campos Elíseos”, es decir, se trataría de un **espacio** llamado “El Paraíso” en el que se celebrarían bailes y que se encontraría dentro del parque conocido como los “Campos Elíseos”.

Si consideramos que fuera jardín, algunos historiadores piensan que “El Paraíso” estaría “situado en el Paseo del Prado a la altura del actual Ministerio de la Marina”. Admitiendo que fuera un espacio destinado al baile dentro de los “Campos Elíseos”, la ubicación de estos últimos sería la que se señala en el Plano de Madrid de José Pilar Morales (1866), cercanos a las calles de Velázquez, Lagasca, Hermosilla y Castelló. (Figura 3).

Aún hay una tercera ubicación que es la que lo sitúa también como **jardín de recreo**, esta vez “en el Paseo de Recoletos, junto a la Puerta de Santa Bárbara”, tal y como sostiene la historiadora Carmen Ariza en su libro “Los jardines de Madrid en el siglo XIX”.

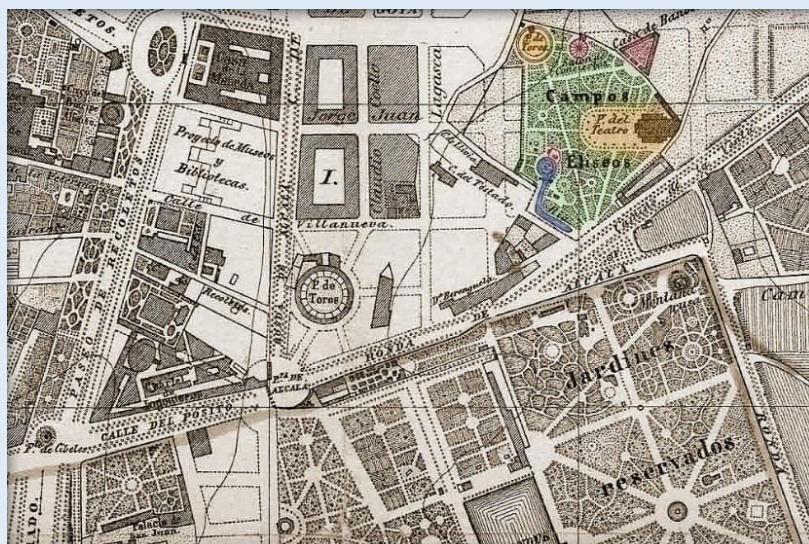


Figura 3. Plano de Madrid de José Pilar Morales (detalle)

Algunos de estos jardines públicos desaparecieron como consecuencia de los planteamientos urbanísticos decimonónicos, especialmente los del Ensanche de Carlos María de Castro, gracias al cual "Madrid adquirió una fisonomía de ciudad europea y moderna". Ejemplo de esta modernización fue el trazado del Barrio de Salamanca que obligó a la desalojar los solares de estos parques para la edificación de nuevas casas con jardín, como fue el caso de los Campos Elíseos, hecho del que Fernández de los Ríos nos deja un nostálgico testimonio: "Vino el año 69, cayeron las tapias de Madrid, se enlazó este con los Campos por medio de una barriada de más de 24.000 almas, y bastó que se abrieran los jardines llamados del Buen Retiro... para que..., el capricho de la moda prefiriera al paraíso de los Campos, la huerta de San Juan...".

El jardín como lugar de ocio

El concepto "tiempo libre", va ligado al nacimiento de las sociedades urbanas en el siglo XIX, en las que el ocio se convierte en una alternativa al trabajo y a la vida privada. Se crea una demanda social de entretenimiento y diversión, que encuentra su respuesta en la creación de nuevos espacios públicos: paseos, cafés, tertulias, tabernas, teatros, bailes y los más variados espectáculos.

En cuanto a los paseos y jardines, el Paseo del Prado y de Recoletos se fueron convirtiendo, a finales del siglo XIX, en dos de los lugares más populares de esparcimiento al alcance de todos los madrileños, en los que poder pasear bajo los árboles centenarios, encontrarse con gente, sentarse en las sillas que se alquilaban e, incluso, tomar un refresco. Aunque estos jardines y paseos continuaron siendo lugares frecuentados por la aristocracia y la burguesía, como vemos en los personajes de nuestro cuadro, la afluencia cada vez más frecuente de un público masivo de las clases sociales más modestas fue cambiando la forma clásica de pasear exclusiva de los más pudientes y, pronto, se incorporaron modernas instalaciones recreativas a los jardines para ofrecer un ocio adaptado a estos nuevos paseantes que, en palabras de Pío Baroja “daban al paseo un aire plebeyo... Los abonados, los de siempre, miraban con cierta indiferencia irónica a los domingueros». En el Madrid burgués de la época, los domingos de verano habían convertido los paseos, parques y bulevares más selectos, en lugar común de encuentro-“juntos pero no revueltos”- de los habitantes de una ciudad en crecimiento en los que se ofrecía a todos la posibilidad de disfrutar. En la estampa Jesús Evaristo Casariego se recrea un baile en uno de estos jardines al que asisten madrileños de distintas clases sociales, entre ellos, una pareja “castiza”. (Figura 4)

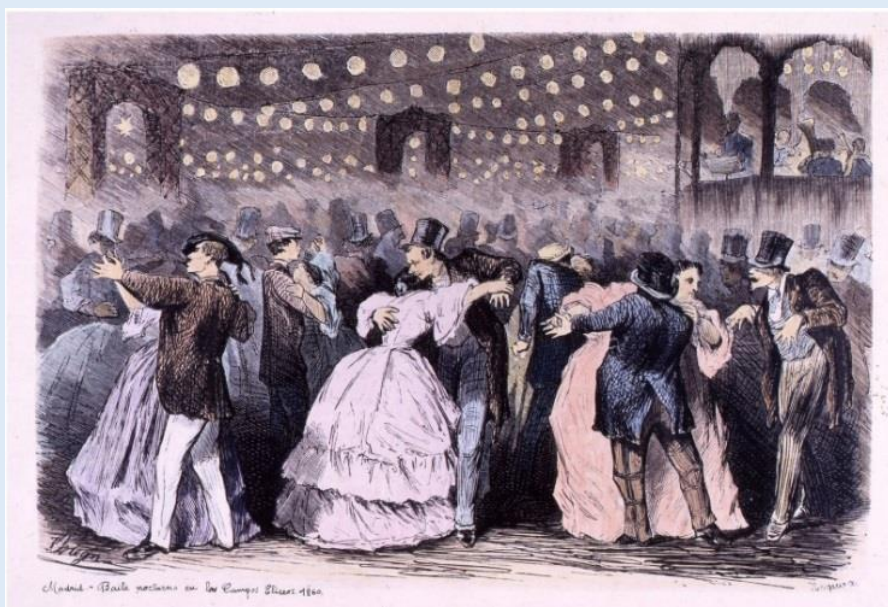


Figura 4. Escena de baile. Jesús Evaristo Casariego

Si prestamos atención al grupo de personajes que se sitúan a la izquierda del cuadro, podemos ver a un hombre que contrasta con el resto de los caballeros en su forma de vestir y su prestancia: lleva una chaqueta y un pantalón un tanto desaliñados y confeccionados con telas de baja calidad; tocado con un vulgar sombrero parece dialogar con una dama que le ofrece algo o le da la mano. (Figura 5)



Figura 5. Detalle caballero saludando a una dama

Hay otros dos personajes de similares características, uno de ellos apenas perceptible en la penumbra del primer término a la derecha; el segundo, en el centro de la composición, se apoya en el arco de entrada. Al fondo, a la derecha, se adivina a una de las mujeres que viste de forma diferente a otras damas con un sencillo mantón rojo y peinada con un discreto moño. Su presencia es un ejemplo del "encuentro" en este lugar de todos, donde caballeros de levita y chistera y damas de vestidos ampulosos comparten la velada con otros madrileños no burgueses. En primer término, también tiene su espacio un perro, detalle pintoresco de esta "democratización" del ocio. (Figura 6)



Figura 6. Detalle perro en primer plano

La moda en el jardín

La indumentaria que lleva el público de este cuadro es la que estaba de moda entre la clase social burguesa, de alto poder adquisitivo que les permitía adquirir las últimas novedades parisinas o los diseños más elegantes en la casas de los modistos más prestigiosos. Mientras que el hombre apenas cambia y continúa con el clásico traje de chaqueta y sombrero de copa, la mujer, seducida por las revistas de moda femenina, que cada semana le sugieren modelos nuevos, entra en un irrefrenable deseo ir a la moda. (Figura 7)



Figura 7.- Ilustración de la revista "El último figurín".

El traje de la mujer burguesa es como los que llevan las de nuestro cuadro: tras la "moda Imperio" que abandonó el corsé, este había vuelto para quedarse y los vestidos tienen como protagonista la cintura, pues el talle se ha bajado hasta ella y estrechado al máximo, estrechez que se acentúa por el efecto óptico que da la amplitud de las telas, tanto de la parte de arriba con grandes mangas abullonadas, como de la parte baja por la ampulosidad de las faldas armadas con miriñaques de aros. (Figura 8)

Contrastan los alegres colores de estos vestidos femeninos y también de los infantiles con los negros trajes masculinos, todos en armonía con las notas de color de los farolillos y bombillas del parque y el



contrapunto de la oscuridad del cielo, magistralmente armonizados por el pintor.



Figura 8

Los jardines de recreo

La evolución de los jardines en el Madrid del siglo XIX tiene que mucho que ver con la retirada de las tropas napoleónicas ya que, durante la ocupación, habían sido muy dañados e incluso quedado en estado de ruina, lo que obligó a emprender una tarea de reconstrucción y embellecimiento, especialmente en los jardines de los Reales Sitios. Al mismo tiempo, el proyecto del **Ensanche de Castro** diseñó los barrios con un nuevo tipo de vivienda, el hotel y el palacete urbanos, dotándolos de jardín privado: "Para cada familia, una casa. En cada casa, una huerta, un jardín", idea que también desarrolló Arturo Soria en el trazado de su Ciudad Lineal. (Figura 9)

Sin embargo, la gran novedad de este siglo fue la aparición de la jardinería urbana, puesta en marcha por el Ayuntamiento que quiso dotar a la ciudad de zonas verdes públicas con paseos arbolados, plazas ajardinadas y parques públicos, necesarios en un centro urbano cada vez más poblado debido a la inmigración rural, atraída por el desarrollo industrial de la capital.



Figura 9. Finca La Granjilla en Ciudad Lineal

En esta política de ajardinamiento tuvieron lugar destacado los **Jardines de Recreo**, creación característica del siglo XIX, que tomaron como modelo la jardinería urbana de ciudades como Londres o París, que habían diseñado pequeños jardines de carácter público para el disfrute de la naturaleza en el interior de una metrópoli moderna. Limitaban su funcionamiento a las estaciones de buen tiempo, el verano y parte de la primavera y el otoño. Siguiendo a Carmen Ariza, que considera como jardín de recreo al Paraíso “los empresarios que lo llevaron a cabo hicieron grandes desembolsos para conseguir un frondoso lugar, cuyos árboles y demás plantas formaban laberintos, hermosas calles y glorietas (entre las que destacaba la destinada a bailes, que se veía rodeada por columnas, estatuas y árboles. Otra plazoleta tenía una colosal morera, alrededor de la que se emplazaron numerosas sillas”.

La descripción pone de manifiesto que, además del disfrute del paseo sombreado entre el arbolado, estos jardines contaban también con diversos espectáculos y diversiones que se pagaban previamente. Si como hemos señalado más arriba, el Paraíso se tratara no de un parque, sino de uno de los divertimentos dentro del jardín los “Campos Elíseos”, serían estos últimos uno más de los mejor equipados y de mejor valoración entre los madrileños, pues contaba con edificaciones

muy variadas: un salón de baile y conciertos, cenadores rústicos, un café, una montaña rusa, un jardín de invierno consistente en una gran estufa de hierro y cristal con tres fuentes rodeadas de jardines, una casa suiza, una gruta con cascada, un teatro al aire libre (Teatro Rossini), un gran quiosco para la orquesta, una zona de gimnasio, casa de baños y hasta una pequeña plaza de toros. (Figura 10)

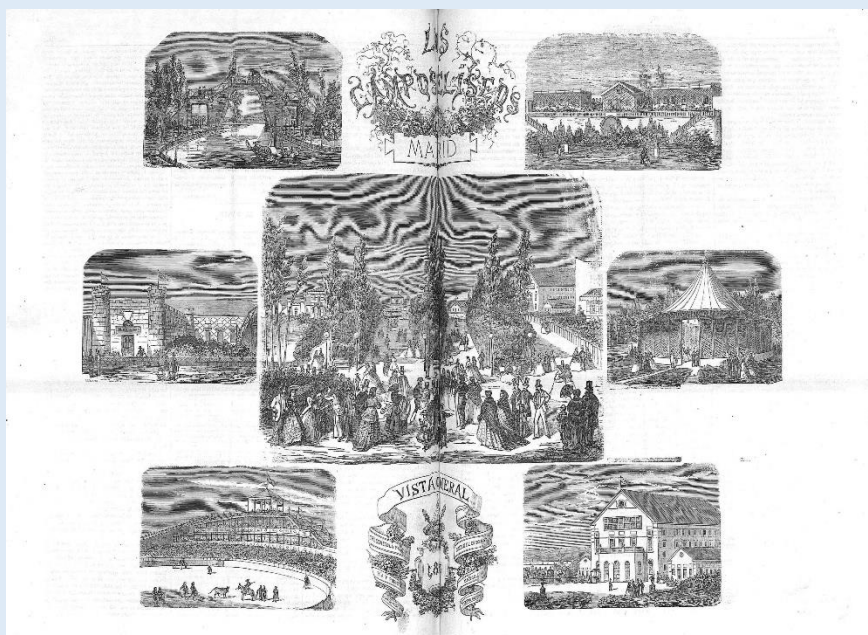


Figura 10.- Los Campos Elíseos. Detalle de edificaciones y espacios de diversión

Contexto histórico de un jardín

Si nos fijamos en la indumentaria de los personajes que habitan la pintura de esta noche de baile, nos es fácil imaginar el contexto histórico y social en el que tiene lugar. Fechada en **1862**, este año nos lleva a un período convulso de la política española que comenzó con el fin del gobierno del Bienio progresista (1854-1856) para continuar con la vuelta del partido moderado de Narváez por solo dos años (1856-1858), y dejar paso a la Unión Liberal de O'Donnell que será sustituida de nuevo, en 1863, por el partido moderado de **Narváez**. (Figura 11).



El resultado de esta incesante inestabilidad política derivó en una fuerte crisis económica y política que acabaría con el destronamiento de Isabel II.



Figura 11.- Ramón María Narváez

Esta agitación de partidos y política contrasta con la tranquila actitud de los asistentes al baile del Paraíso, que no es sino fiel reflejo de la escasa participación e interés que tenían los ciudadanos en los asuntos de gobierno, meros espectadores de su devenir.

Bibliografía

AA.VV *Catálogo de las pinturas*, Madrid, 1990. p. 158.

AA.VV.: *Madrid pintado: la imagen de Madrid a través de la pintura*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 1992. p. 210-211.

AA.VV.: *Madrid hasta 1875, testimonios de su historia*, Madrid, 1979, p.343.



Alaminos López, E., Salas Vázquez, E: *Madrid en 1898. Del Ensanche de Castro a la crisis de la ciudad decimonónica en Madrid*, en el catálogo *Madrid, 1898*, Madrid, 1998, pp.21-37.

Ariza, Carmen: *Los jardines de Madrid en el siglo XIX*, Madrid, 1988, pp.228-239.

Fuentes, Juan Francisco: *La sociabilidad política. Espacio público y parcelas de libertad*, en catálogo *Ciudadanos. El nacimiento de la política en España (1808-1869)*, Madrid, 2009, pp.87-97

Sociedad Española de Amigos del Arte: *Exposición del Antiguo Madrid*, Madrid, 1926, p. 223